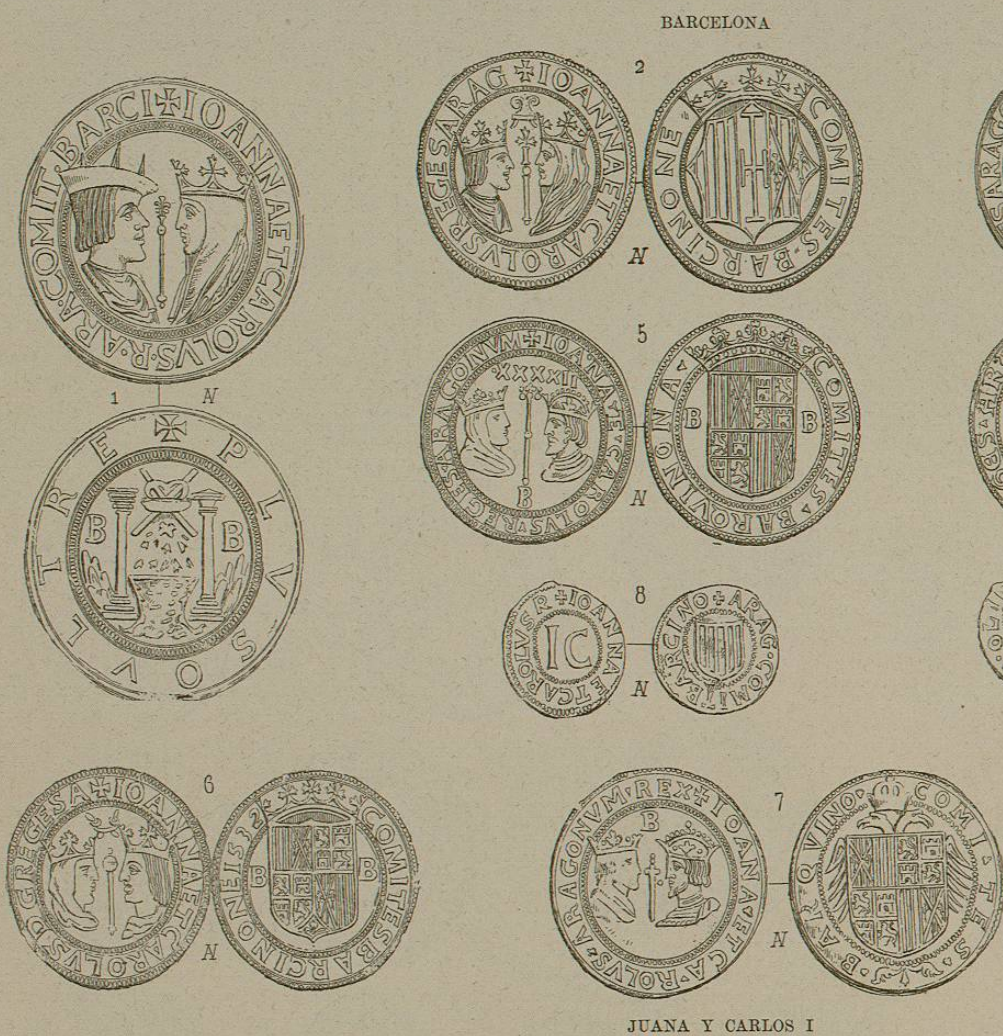


mitra toledana (1). Agregábase á esto lo subido del pedido hecho en córtés, la venalidad de los destinos, la descarada voracidad de la gente flamenca y la emigracion de la moneda española á los Países Bajos (2). Y como Carlos apenas hablaba todavía algunas palabras en español, y parecía un joven de cortos alcances, no dando por entonces muestras de la capacidad intelectual que se desarrolló despues, todo contribuía á que miraran con desagrado al nuevo monarca los que acababan de experimentar la sabia y justa administracion de los Reyes Católicos.

Para aumento de este disgusto, en su viaje á Aragon, contra



la de Zaragoza (3 de mayo) sobre la forma como deseaba que las córtés le hiciesen el juramento (3). Con esto partió para aquella ciudad, donde hizo su entrada el 6 de mayo (4). Congregáronse seguidamente en córtés los cuatro brazos del reino, pero lo acaecido en Castilla había hecho estar muy sobre sí á los aragoneses, naturalmente celosos de la conservación de sus fueros y libertades, y no estaban ellos tampoco acostumbrados á jurar como rey á un heredero en vida del que hubiesen reconocido como rey ó reina legítima. Así pues costó á Carlos no poco trabajo, tiempo y esfuerzo, alcanzar que le juraran en la misma forma que en Castilla, esto es, en union con su madre, despues de haber él jurado ampliamente guardar sus usos, libertades y privilegios. No menos le costó arrear un servicio de doscientos mil ducados, y esto á condicion de invertir esta suma en el pago de las deudas de la corona, tiempo hacia descuidadas, para que no fuese á parar á manos de extranjeros (5).

(1) MS. de la Academia de la Historia.—Sandoval, Historia, lib. III.—Robertson, Historia del Emperador, lib. I.
 (2) Mártir de Angleria, Epistola 607 á 662 passim.
 (3) Hállase esta carta en Dormer, Anales de Aragon, lib. I, cap. 17.
 (4) No el 9 ni el 15, como se lee en varios autores. Consta así en los registros del reino.
 (5) La enérgica oposicion de los aragoneses produjo un sério y gravísimo altercado entre el conde de Benavente y el de Aranda, castellano el uno y aragonés el otro. El primero se había propasado á decir, que si S. A. quisiese seguir su consejo, él *los traería á la melena*. Contestóle el

lo expresamente pedido por los procuradores del reino en las córtés de Valladolid, despidió á su hermano don Fernando, enviándole á Flandes so pretexto de que su presencia sería agraduable al emperador Maximiliano su abuelo, pero en realidad por recelos que le inspiraba el amor de los castellanos á aquel príncipe, nacido y educado entre ellos.

Todavía los aragoneses no habían reconocido á Carlos por rey, y á esto se encaminó (abril, 1518) en compañía de su hermana doña Leonor, de muchos caballeros extranjeros y pocos castellanos. Al día siguiente de llegar á Calatayud juró en la iglesia colegial los fueros de la ciudad, y desde allí escribió á

Hallándose el rey en Zaragoza, murió la hija del rey Francisco I de Francia, Luisa Claudia, con quien se había concertado su matrimonio en el tratado de paz de Noyon (6). Esto no obstante, y á consecuencia de excitacion que le fué hecha por el cardenal de Viterbo á nombre del papa Leon X, ratificó allí la paz con el monarca francés haciendo públicas demostraciones de amistad aquellos dos príncipes que despues habían de ser tan terribles enemigos, y cuyas guerras habían de costar tanta sangre á Europa.

Á excitacion también del mismo legado, y entrando el nuevo rey de España en la liga y confederacion que tres años antes habían hecho los de Francia é Inglaterra contra el turco, que estaba haciendo notables daños en la cristiandad, ordenó Carlos al virey de Sicilia don Hugo de Moncada que juntando la gente y las naves que pudiese pasase á hacer la guerra al famoso corsario Barbaroja, terror de los mares y de las poblaciones de la costa africana. Esta expedicion, despues de algunos desastres y derrotas, causados los unos por las borrascas, en una de las cuales se anegaron lastimosamente hasta cuatro

segundo con aspereza: trabáronse de palabras, y al fin vinieron á las manos, no ya ellos solos, sino llevando cada cual su gente, á punto de armarse una noche en la calle una ruda refriega, en que hubo hasta veinticinco heridos. El arzobispo de Zaragoza apaciguó la contienda y el rey puso tregua entre los dos acalorados magnates.—Gonzalo de Ayora, Comunidades de Castilla, cap. 4.

(6) Este tratado de paz entre Francisco I de Francia y Carlos de Flandes, ahora rey de España, se celebró el 13 de agosto de 1516.

mil españoles, las otras por las armas del terrible pirata, que se apoderó de Argel, dió al fin por resultado la toma de los Gelbes, con lo cual se vengó la pérdida sufrida diez años antes y la muerte del primogénito del duque de Alba en aquella isla de fatales recuerdos.

Faltábale á Carlos solamente ser reconocido en Cataluña, y con este objeto partió y llegó á Barcelona entrado ya el año 1519 (15 de febrero). Esperábase allí mas fuerte y mas violenta oposicion que la que había experimentado en Aragon y en Castilla, y mas insistencia en no quererle jurar en vida de su madre, tanto que se burlaban los catalanes de la blandura con que se habían allanado á hacerlo los aragoneses y castellanos. Sin embargo, el soborno y la intriga fueron templando poco á poco la dureza de aquella gente, y al fin acabaron por prestarle, aunque de mala gana, el mismo juramento que en los demás reinos, si bien en lo de dar dinero fueron mas parcos los catalanes, y se lo escatimaron mas, no tanto por negárselo al rey, cuanto por mortificar á los avaros flamencos.

Tal era la disposicion de los ánimos, y tales fueron las dificultades que el nieto de los Reyes Católicos halló para su proclamacion en los tres principales Estados de la monarquía española: dificultades nacidas de su cualidad de extranjero, de la impaciencia con que se había anticipado á tomar el título de rey viviendo su madre y sin esperar la declaracion de las córtés, de la circunstancia de no conocer el idioma español, de venir circundado de extranjeros, sedientos del oro y de los empleos de España, y de haber ofendido el orgullo nacional con sus primeras provisiones y con el favoritismo de los flamencos.

CAPÍTULO II

CARLOS ELECTO EMPERADOR

Alteraciones en Castilla

DE 1519 Á 1520

Muerte de Maximiliano, emperador de Alemania.—Aspirantes á la corona imperial: Carlos I de España y Francisco I de Francia.—Otros pretendientes.—Dieta de Francfort.—Eleccion del duque de Sajonia.—Renuncia.—Dáse el trono imperial á Carlos de Austria, rey de España.—Comienzo á usar el título de Majestad.—Disgusto de los españoles y sus causas.—Convoca córtés en Santiago de Galicia.—Crece el descontento.—Tumulto en Valladolid y apuro del rey.—Resuelve Carlos pasar á Alemania y va á Galicia.—Córtés famosas de Santiago y la Coruña.—Servicio cuantioso que pidió el rey en ellas.—Conducta de los procuradores.—Firmeza de unos y venalidad de otros.—Vota el subsidio la mayoría.—Nombramiento de regente, y salida del rey á Alemania.—Indignacion en los pueblos.—Sublevacion.—Tumulto en Toledo: Juan de Padilla y Hernando Dávalos.—Alboroto en Segovia: suplicio horrible del procurador Tordesillas.—Alteraciones en otras ciudades.—Zamora, Toro, Madrid, Guadalajara, Soria, Avila, Cuenca, Burgos.—Excesos del pueblo.—Causas y carácter de estos alzamientos.

Recibió Carlos, á poco de haber llegado á Barcelona, la noticia de un suceso importantísimo, no ya para su persona solamente, sino también para España y para la Europa entera, á saber, la muerte de su abuelo Maximiliano, rey de Romanos y emperador de Alemania (1). La vacante de la corona imperial de Alemania tenía en esta ocasion una importancia especial, así por la natural preeminencia del jefe del imperio sobre todos los príncipes cristianos, como por las circunstancias del estado de Europa, señaladamente de Italia, y principalmente por las que concurrían en los pretendientes á la sucesion del imperio. Maximiliano había tenido intencion de hacer nombrar sucesor suyo á su nieto el infante don Fernando de España, con preferencia á su hermano don Carlos, en atencion á los ricos dominios y vastos reinos que este ya poseía. Pero aconsejado por los príncipes enemigos de los franceses, y con deseo de engrandecer la casa de Austria, se decidió por fin en favor de

(1) Maximiliano no había sido considerado sino como rey de Romanos y emperador electo, en razon á no haber sido coronado por el papa, ceremonia que se tenía entonces por esencial.

don Carlos, aunque no pudo realizarse por entonces un nombramiento que tenía que ser electivo.

Muerto el emperador, Carlos, que se consideraba ya con cierto derecho á la herencia de su abuelo, y que contaba con alguna predisposicion de los electores en favor suyo, empleó toda clase de medios, de gestiones y de artificios para alcanzar la corona imperial. Pero presentósele un competidor poderoso y un rival temible, Francisco I de Francia, que con menos títulos, pero con sobra de energia y de ardor, pretendía para sí el trono, y por medio de sagaces emisarios procuraba persuadir á los príncipes de Alemania que ya era tiempo de probar que la corona del imperio era electiva y no hereditaria, y que entregarla á un soberano tan poderoso, y por otra parte tan inexperto como era el español, sería crear un poder desmedido y peligroso; cuanto mas que la constitucion del imperio excluía á todo príncipe que poseyera el reino de Nápoles. Esforzaba el francés estas y otras razones con remesas de oro que públicamente enviaba á Alemania; aparato de corrupcion, que le hacia tan poca honra á él como á los príncipes que se proponía sobornar por tales medios.

Los cantones suizos favorecian, por odio á los franceses, las pretensiones del rey de España. Venecia por el contrario, por celos contra la casa de Austria, se declaró en favor del francés. Enrique VIII de Inglaterra, sintiéndose como desairado de no figurar en aquella contienda, echó también su especie de memorial al imperio, pero desengañado por su embajador de las pocas probabilidades que podía prometerse, se retiró y se mantuvo neutral entre los dos competidores. El pontifice Leon X, que con su claro talento veía casi iguales riesgos para la Iglesia y para la paz de Europa en ambos candidatos, que así temía ver sentado en el trono imperial á un soberano que dominaba en España, en Nápoles y en el Nuevo Mundo, como á un rey de Francia, que era al propio tiempo duque de Milan y señor de Génova, discurrió inducir sucesivamente á los príncipes alemanes á que eligiesen de entre ellos mismos un sucesor al imperio, procurando entre tanto excitar y mantener la rivalidad entre los dos grandes contendientes.

En tal estado se abrió la dieta de Francfort (17 junio, 1519), y reunidos los siete electores (2), no obstante las intrigas, manejos y sobornos empleados por los competidores, determinaron unánimemente ofrecer la corona á Federico, duque de Sajonia, á quien por su talento, virtud y discrecion decían admiraban el Prudente. Pero este modesto y desinteresado príncipe, lejos de dejarse fascinar por el brillo de una posicion que otros tan ardientemente ambicionaban, la renunció con el mas admirable desprendimiento, y en un discurso en que examinó y cotejó las cualidades de los soberanos de Francia y España, declaró que votaba por Carlos, en quien concurría la circunstancia de ser príncipe del imperio por sus Estados hereditarios, y de ser el soberano mas poderoso y el mas interesado en contener y rechazar las invasiones del gran turco, cuya pujanza y osadía tenían alarmadas y en cuidado las potencias cristianas. El voto de Federico de Sajonia decidió al colegio electoral en favor del candidato español, y el 28 de junio, á los cinco meses y diez dias de haber vacado el trono, recayó la eleccion en Carlos de Austria, rey de España. El único de los siete electores que disintió, declarándose por el monarca francés, fué el arzobispo de Tréveris, que al fin acabó también por adherirse á sus colegas, pudiendo decirse que fué Carlos ensalzado al trono imperial de Alemania por el voto unánime de los electores (3). El conde Palatino, duque de Baviera, fué el encargado de traer á Carlos la noticia oficial de su nombramiento, mas no faltó quien se le adelantara officiosamente á darle la nueva, llegando en nueve dias de Francfort á Barcelona, espoleado por el afán de ganar las albricias.

Compréndese hasta qué punto halagaría á un joven de

(2) Eran estos, el arzobispo de Maguncia el de Colonia, el de Tréveris, el rey de Bohemia, el conde palatino del Rhin, el duque de Sajonia y el marqués de Brandeburgo.

(3) Georg. Sabini, de elect. Carol. V.—Goldsmid, Constit. imperiales, tomo I.—Guicciardini, Istor. lib. XIII.—Freheri, Rer. Germ. Scriptor. tomo III.—Giannone, Istor. di Napol. t. II.—Robertson, Hist. del emperador Carlos V, lib. I.